La riqueza de los carismas para el bien común

Discurso de su Santidad Juan Pablo II en la Vigilia de Pentecostés

30 de Mayo de 1998

«De pronto, vino del cielo un ruido,
semejante a una fuerte ráfaga de viento,
que resonó en toda la casa donde se encontraban.
Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego,
que descendieron por separado sobre cada uno de ellos.
Todos quedaron llenos del Espíritu Santo» (Hch 2,2-4).

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Con estas palabras los Hechos de los Apóstoles nos introducen en el corazón del evento de Pentecostés; nos presentan a los discípulos que, reunidos con María en el cenáculo, reciben el don del Espíritu. Se realiza así la promesa de Jesús y se inicia el tiempo de la Iglesia. Desde ese momento, el viento del Espíritu llevará a los discípulos de Cristo hasta los últimos confines de la tierra. Los llevará hasta el martirio por el intrépido testimonio del Evangelio.

Lo que sucedió en Jerusalén hace dos mil años, es como si esta tarde se renovara en esta plaza, centro del mundo cristiano. Como entonces los Apóstoles, también nosotros nos encontramos reunidos en un gran cenáculo de Pentecostés, anhelando la efusión del Espíritu. Aquí queremos profesar con toda la Iglesia que *«uno sólo es el Espíritu (...) uno sólo el Señor, uno sólo es Dios, que obra todo en todos»* (cf. 1ªCor 12,4 - 6). Éste es el clima que queremos revivir**,** implorando los dones del Espíritu Santo para cada uno de nosotros y para todo el pueblo de los bautizados.

Un acontecimiento de comunión eclesial

2. Saludo y agradezco al cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, las palabras que ha querido dirigirme, también en nombre de ustedes, al inicio de este encuentro. Asimismo, saludo a los cardenales y obispos presentes. Dirijo mi agradecimiento en particular a Chiara Lubich, Kiko Argüello, Jean Vanier y mons. Luigi Giussani, por sus conmovedores testimonios. Saludo también a los fundadores y responsables de las nuevas comunidades y de los movimientos aquí representados. Quiero dirigirme a cada uno de ustedes, hermanos y hermanas pertenecientes a los distintos movimientos eclesiales.

Han acogido con prontitud y entusiasmo la invitación que les dirigí en Pentecostés del año 1996 y se han preparado esmeradamente bajo la dirección del Consejo Pontificio para los Laicos, para este extraordinario encuentro, que nos proyecta hacia el gran Jubileo del año 2000.

Este acontecimiento es verdaderamente inédito: por primera vez los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales se reúnen, todos juntos, con el Papa. Es el gran «testimonio común» que recomendé para el año dedicado al Espíritu Santo en el camino de la Iglesia hacia el gran jubileo. El Espíritu Santo está aquí con nosotros. Él es el alma de este admirable acontecimiento de comunión eclesial. En verdad, *«éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo* (Sal 117,24).

Una corriente de vida nueva

3. En Jerusalén, hace casi dos mil años, el día de Pentecostés, ante una multitud asombrada y burlona por el cambio inexplicable que notaba en los Apóstoles, Pedro proclama con valentía: *«A Jesús de Nazareth, el hombre que Dios acreditó ante ustedes (...) lo hicieron morir, clavándolo en la cruz por medio de los infieles. Pero Dios lo resucitó»* (Hch 2,22-24).

Esas palabras de san Pedro manifiestan la autoconciencia de la Iglesia, fundada en la certeza de que Jesucristo está vivo, actúa en el presente y cambia la vida.

El Espíritu Santo que ya actuó en la creación del mundo y en la antigua alianza, se revela en la Encarnación y en la Pascua del Hijo de Dios, y casi «estalla» en Pentecostés para prolongar en el tiempo y en el espacio la misión de Cristo Señor. El Espíritu constituye así la Iglesia como corriente de vida nueva, que fluye en la historia de los hombres.

Redescubrimiento de la dimensión carismática

4. A la Iglesia que, según los Padres, es el lagar *«donde florece el Espíritu»* (Catecismo de la Iglesia Católica, 749), el Consolador ha donado recientemente con el Concilio Vaticano II un renovado Pentecostés, suscitando un dinamismo nuevo e imprevisto.

Siempre, cuando interviene, el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra, cambia radicalmente a las personas y la historia. Ésta fue la experiencia inolvidable del Concilio ecuménico Vaticano II durante el cual, bajo la guía del mismo Espíritu, la Iglesia redescubrió que la dimensión carismática es parte constitutiva de su esencia:

«El mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y lo llena de virtudes. También reparte gracias especiales entre los fieles de cualquier estado o condición "y distribuye sus dones a cada uno según quiere" (1ª Cor 12,11). Con esos dones hace que estén preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia» (Lumen Gentium, 12).

Los aspectos institucional y carismático son casi co-esenciales en la constitución de la Iglesia y concurren, aunque de modo diverso, a su vida, a su renovación y a la santificación del Pueblo de Dios. Partiendo de este providencial redescubrimiento de la dimensión carismática de la Iglesia, antes y después del Concilio se ha consolidado una singular línea de desarrollo de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades.

Apertura al Espíritu

5. Hoy la Iglesia se alegra al constatar el renovado cumplimiento de las palabras del profeta Joel que acabamos de escuchar: *«Derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres...»* (Hch 2,17). Ustedes aquí presentes, son la prueba tangible de esta «efusión» del Espíritu. Cada movimiento difiere del otro pero todos están unidos en la misma comunión y para la misma misión.

Algunos carismas suscitados por el Espíritu irrumpen como viento impetuoso que aferra y arrastra a las personas hacia nuevos caminos de compromiso misionero al servicio radical del Evangelio, proclamando sin cesar las verdades de la fe, acogiendo como don la corriente viva de la tradición y suscitando en cada uno el ardiente deseo de la santidad.

Hoy, a todos ustedes, reunidos en la plaza de San Pedro, y a todos los cristianos quiero gritar: ¡Ábranse con docilidad a los dones del Espíritu! ¡Acojan con gratitud y obediencia los carismas que el Espíritu concede sin cesar! No olviden que cada carisma es otorgado para el bien común, es decir, en beneficio de toda la Iglesia.

Etapa de la madurez eclesial

6. Por su naturaleza, los carismas son comunicativos, y suscitan la *«afinidad espiritual entre las personas»* (cf. Christifideles Laici 24) y la amistad en Cristo, que da origen a los «movimientos». El paso del carisma originario al movimiento ocurre por el misterioso atractivo que el fundador ejerce sobre cuantos participan en su experiencia espiritual. De este modo, los movimientos reconocidos oficialmente por la autoridad eclesiástica se presentan como formas de autorrealización y reflejos de la única Iglesia.

Su nacimiento y difusión han aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada, a veces incluso sorprendente. Esto ha suscitado interrogantes, malestares y tensiones; algunas veces ha implicado presunciones e intemperancias, por un lado; y no pocos prejuicios y reservas por otro. Ha sido un período de prueba para su fidelidad, una ocasión importante para verificar la autenticidad de sus carismas.

Hoy ante ustedes se abre una etapa nueva: la de la madurez eclesial. Esto no significa que todos los problemas hayan quedado resueltos. Más bien, es un desafío, un camino por recorrer. La Iglesia espera de ustedes frutos «maduros» de comunión y de compromiso.

Respuesta al desafío del fin del milenio

7. En nuestro mundo frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en

el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo a este dramático desafío del fin del milenio. Ustedes son esta respuesta providencial.

Los verdaderos carismas no pueden menos de tender al encuentro con Cristo en los sacramentos. Las realidades eclesiales a las que se han adherido les han ayudado a redescubrir su vocación bautismal, a valorar los dones del Espíritu recibidos en la Confirmación, a confiar en la misericordia de Dios en el sacramento de la Reconciliación y a reconocer en la Eucaristía la fuente y el culmen de toda la vida cristiana. De la misma manera, gracias a esta fuerte experiencia eclesial, han nacido espléndidas familias cristianas abiertas a la vida, verdaderas *iglesias domésticas*; han surgido muchas vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida religiosa, así como nuevas formas de vida laical inspiradas en los consejos evangélicos. En los movimientos y en las nuevas comunidades han aprendido que la fe no es un discurso abstracto ni un vago sentimiento religioso sino vida nueva en Cristo, suscitada por el Espíritu Santo.

Garantía de autenticidad

8. ¿Cómo conservar y garantizar la autenticidad del carisma? Es fundamental, al respecto, que cada movimiento se someta al discernimiento de la autoridad eclesiástica competente. Por esto ningún carisma dispensa de la referencia y de la sumisión a los pastores de la Iglesia. Con palabras muy claras el Concilio escribe: *«El juicio acerca de su autenticidad (de los carismas) y la regulación de su ejercicio pertenece a los que dirigen la Iglesia. A ellos compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno (cf. 1ª Tes 5,12 y 19-21)»* (Lumen Gentium 12). Ésta es la garantía necesaria de que el camino que recorren es el correcto.

En la confusión que reina en el mundo de hoy es muy fácil equivocarse, ceder a los engaños. En la formación cristiana que dan los movimientos no ha de faltar jamás el elemento de esta obediencia confiada a los obispos, sucesores de los Apóstoles en comunión con el Sucesor de Pedro. Conocen los criterios de eclesialidad de las asociaciones laicales, que recoge la exhortación apostólica *Christifideles Laici* (cf. nº 30). Les pido que los acepten siempre con generosidad y humildad, insertando sus experiencias en las Iglesias locales y en las parroquias, permaneciendo siempre en comunión con los pastores y atentos a sus indicaciones.

Un fuego encendido

9. Jesús dijo: *«He venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!»* (Lc 12,49). Mientras la Iglesia se prepara a cruzar el umbral del tercer milenio acojamos la invitación del Señor, para que su fuego se encienda en nuestro corazón y en el de nuestros hermanos.

Hoy, en este cenáculo de la plaza de San Pedro, se eleva una gran oración:

¡Ven Espíritu Santo!
¡Ven y renueva la faz de la tierra!
¡Ven con tus siete dones!
¡Ven, Espíritu de vida,
Espíritu de verdad,
Espíritu de comunión y de amor!
La Iglesia y el mundo tienen necesidad de ti.
¡Ven, Espíritu Santo,
y haz cada vez más fecundos
los carismas que has concedido!
Da nueva fuerza e impulso misionero
a estos hijos e hijas tuyos aquí reunidos.
Ensancha su corazón y reaviva
su compromiso cristiano en el mundo.
Hazlos mensajeros valientes del Evangelio,
testigos de Jesucristo resucitado,
Redentor y Salvador del hombre.
Afianza su amor y su fidelidad a la Iglesia.

Dirijamos nuestra mirada a María, primera discípula de Cristo, Esposa del Espíritu Santo y Madre de la Iglesia, que acompañó a los Apóstoles en el primer Pentecostés, para que nos ayude a aprender de su *fiat* la docilidad a la voz del Espíritu.

Hoy, desde esta plaza, Cristo le repite a cada uno: *«Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Noticia a toda la creación»* (Mc 16,15). Él cuenta con cada uno de ustedes. La Iglesia cuenta con ustedes. El Señor les asegura: *«Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo»* (Mt 28,20). Estoy con ustedes. Amén.